

*Razones del historiador para no juntar los asuntos de Grecia con los de Asia. – Conveniencia de sentar un buen principio a una obra. – Presunción de los escritores superficiales refutada.*

En primer lugar expondremos, según nuestro primer propósito, la guerra que hubo entre Antíoco y Ptolomeo con motivo de la Celesiria. No ignoramos que esta guerra duraba aún en la misma época en que se hacía la de Grecia; pero preferimos dar a la ilación de nuestra historia este orden y esta distribución. Porque para librar de error a los lectores en la exactitud del tiempo en que cada cosa había ocurrido, creímos que les dábamos una instrucción suficiente con haberles apuntado en cada año de la dicha olimpiada, y entre las acciones de los griegos, el principio y fin de lo que sucedía en Asia. Nada me pareció más importante para la inteligencia y claridad de la narración, que el no mezclar en esta olimpiada los hechos de Grecia con los del Asia, sino separarlos y distinguirlos en lo posible; hasta llegar a las siguientes, en que empezaremos a tratar de cada cosa por años promiscuamente. Efectivamente, como nos hemos propuesto escribir no un hecho particular, sino todos los del universo; y en cuanto a historia, casi estoy por decir, y lo he repetido anteriormente, hemos tomado a cargo la mayor empresa que jamás se ha visto, nos ha parecido conducente poner el mayor esmero en la distribución y economía, para que en el discurso de la obra no se encuentre género de duda, ni en el todo ni en las partes. En este supuesto, recorramos ahora desde un poco más arriba los reinados de Antíoco y Ptolomeo, y procuremos sentar principios incontestables y notorios de lo que se va a decir, circunstancia la más esencial en tales casos.

Los antiguos, cuando dijeron que el principio es la mitad del todo, nos quisieron recomendar el máximo cuidado que se ha de poner en dar a cualquier obra un buen principio. Ellos creyeron haber dicho una exageración, pero en mi concepto aún se quedaron muy cortos. Cualquiera puede asegurar sin rubor que el principio no sólo es la mitad del todo, sino que tiene concernencia con el fin. Y si no, ¿cómo comenzar bien una obra sin haber comprendido antes mentalmente el todo de la empresa, ni haber examinado de dónde la comenzará, hasta dónde la proseguirá y con qué motivo la dará principio? ¿Cómo recapitular los hechos de un modo conveniente, sin que haya tal analogía entre el fin y el principio, que se sepa de dónde, cómo y por qué grados han llegado las cosas a tal extremo? Convengamos, pues, en que los que escriben o leen una historia universal deben poner su principal estudio en que los principios tengan no sólo conexión con los medios, sino también con los fines. Esto es lo que ahora procuraremos observar.

No ignoro que otros muchos escritores han dicho, como yo, que escribían una historia universal y emprendían la mayor obra que hasta entonces se había visto. Pero a excepción de Éforo, el primero y único que se ha puesto a escribir una historia universal, de todos los demás se me dispensará el hablar o mentar sus nombres. Sólo sí diré que algunos historiadores de nuestro tiempo presumen haber hablado de todos los acaecimientos del mundo, con sólo haber referido en tres o cuatro páginas la guerra de los romanos y cartagineses. Pero ¿habrá alguno tan necio que no sepa que al mismo tiempo se realizaron muchas y sobresalientes acciones en España, África, Sicilia e Italia, y que la guerra de Aníbal, la más célebre y larga de todas, a excepción de la de Sicilia, fue de tanta consideración que puso en expectativa a todos, recelándose cada uno del éxito de sus consecuencias? Con todo, se encuentran escritores que, tocando las cosas aún con más superficialidad que la que acostumbran los pintores en ciertas Repúblicas cuando simbolizan algún hecho en las paredes, presumen haber comprendido todos los acontecimientos de los griegos y de los bárbaros. La causa de esto es que de palabra es muy fácil emprender la mayor acción, pero de obra muy difícil llevarla a cabo. Por eso lo primero, como consiste en una medianía, lo consiguen casi todos sólo con intentarlo; pero lo segundo, que raya con la perfección, es muy arduo, y aun apenas se alcanza al cabo de la vida. No he tenido otro fin en decir esto, que la jactancia con que algunos admiran sus propias producciones. Pero ahora volvamos a nuestro propósito.